

LA PRIMERA HOMILÍA DE SAN AGUSTÍN Y EL USO DE LA SAGRADA ESCRITURA EN SU PREDICACIÓN SOBRE LA PRIMERA CARTA DE SAN JUAN

Saint Augustine's First Homily and the Use
of Sacred Scripture in His Preaching
on the First Epistle of Saint John

Eleví Santos Zavaleta (Mg)*

Resumen

Este artículo es el resultado del trabajo de investigación y se orienta en el estudio, análisis y explicación de las diez homilías de san Agustín a los católicos del mundo

* Magíster en Teología, graduado el año 2015, en la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín, con la tesis de grado titulada “El seguimiento de Jesucristo y el Reino de los cielos en el sermón de la Montaña en Mt 5”. El autor se ha dedicado a escribir y publicar artículos en revistas nacionales e internacionales, realiza ponencias y realizó labores de investigación en la Fundación Universitaria Cervantes San Agustín –UNICERVANTES– fueron dos proyectos de investigación. El Primer Proyecto titulado “Biblia e Historia: estudio de oratoria sacra agustiniana en la Nueva Granada durante la segunda mitad del siglo XVIII”; y, el segundo proyecto titulado “El comentario agustiniano a la Primera Epístola de san Juan y sus influencias patristicas (Fase I y II)”. Del segundo proyecto de investigación en dicha universidad ha resultado dicho artículo.

Como citar este artículo: Santos, E. (2018). La primera homilía de san Agustín y el uso de la Sagrada Escritura en su predicación sobre la Primera Carta de San Juan. *Revista Caritas Veritatis*, 3, 159-205.

Recibido: 01-04-2018 // Aprobado 01-08-2018

de su tiempo; la finalidad de este artículo investigativo es que los estudiantes de teología conozcan la amplitud de interpretaciones bíblicas que puede adoptar el teólogo oyente de la parte académica en un proceso hermenéutico y exegético. Específicamente en este artículo se analiza la Primera Homilía de san Agustín para presentar el uso de la Sagrada Escritura para argumentar la fuerza del amor que hace hermano(a) y se evidencia la fuerza del odio que destruye la hermandad católica del siglo V en el Norte de África.

Palabras clave: san Agustín, primera homilía, Sagrada Escritura, caridad.

Abstract

This article results from research and is oriented towards studying, analyzing, and explaining Saint Augustine's ten homilies to the Catholics of his time. The goal of this investigative article is for theology students to understand the breadth of biblical interpretations a theologian can adopt in a hermeneutical and exegetical process. Specifically, this article analyzes Saint Augustine's First Homily to present how Sacred Scripture was used to argue the power of love that fosters brotherhood, and the destructive power of hatred that undermines Catholic brotherhood in the 5th century North Africa.

Keywords: Saint Augustine, first homily, Sacred Scripture, charity.

Las diez homilías de san Agustín a propósito de su comentario a la primera carta de san Juan a los partos

San Agustín, obispo de Hipona, llamado con acierto el Doctor de la Gracia, presenta en sus diez homilías sobre la caridad según la lectura de la primera carta de San Juan a los Partos argumentos sobre el amor al hermano; las homilías de san Agustín son escritos siempre actuales, exegéticos y novedosos, en ellas se encuentran las claves para comprender adecuadamente el concepto de amor de Dios en un sentido omniabarcante (*amor Dei, amor proximi, amor sui et amor mundo*). El Prelado de Hipona es el homileta del amor que ilustra con argumentos de la Sagrada Escritura el arte de amor a Dios en el hermano, son textos del amor sugerentes en su tiempo y válidos para los oyentes de nuestro tiempo.

En términos generales, la homilética es una parte esencial del fenómeno religioso y de las dinámicas pedagógicas de la evangelización. El Papa Francisco en el documento *Evangelii Gaudium* (EG) presenta los obstáculos y las fortalezas al momento de comprender el mensaje homilético de los predicadores en las celebraciones eclesiales, a saber:

La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento. (EG, II, 135).

En la primera homilía, san Agustín usa como fuente documental primaria a un texto bíblico tomado de la Primera Carta de San Juan (1Jn 1,1-2,11) y esta homilía hace parte de la decena de homilías sobre dicho libro bíblico neotestamentario en que el predicador de Hipona expuso el concepto “el amor a los hermanos” a los catecúmenos católicos de Hipona. Entre los estudiosos agustinos como Agustín Trape califica dichas homilías como obras literarias más bellas que se han producido en la patrística sobre el tema del amor cristiano.

En las homilías encontramos a san Agustín hablando no tanto en calidad de maestro sino como un nuevo apóstol de Cristo en la iglesia de Hipona, ni siquiera hablando a sus discípulos, sino dialogando como un condiscípulo de Cristo en la comunidad eclesial, es decir, san Agustín está convencido que en la escuela de Jesucristo todos somos discípulos del Maestro de Nazaret, el único Maestro, aquel que habla la cátedra de Dios Padre.

Con base en la Primera Carta de San Juan san Agustín en su primera homilía conmueve a los oyentes sobre la cátedra de la caridad que permite una auténtica fraternidad de la familia de Dios, las fortalezas de la caridad se definen en el amar al hermano y las amenazas es el odiar al hermano: “*Pues quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos. ¿Hay alguien más ciego que estos que odian a sus hermanos? Para que advirtáis cuán ciegos son, ved que tropezaron contra una montaña*” (Ep. Io,1,13). Realmente el mensaje homilético se impregna en la atención de los oyentes de la primera homilía, el papa Francisco dice:

Renovemos nuestra confianza en la predicación,
que se funda en la convicción de que es Dios

quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana. San Pablo habla con fuerza sobre la necesidad de predicar, porque el Señor ha querido llegar a los demás también mediante nuestra palabra (cf. Rm 10,14-17). Con la palabra, nuestro Señor se ganó el corazón de la gente. Venían a escucharlo de todas partes (cf. Mc 1,45). Se quedaban maravillados bebiendo sus enseñanzas (cf. Mc 6,2). Sentían que les hablaba como quien tiene autoridad (cf. Mc 1,27). Con la palabra, los Apóstoles, a los que instituyó «para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14), atrajeron al seno de la Iglesia a todos los pueblos (cf. Mc 16,15.20). (EG, II,136).

Efectivamente, en la Primera Carta de San Juan no se encuentra información de carácter histórico sobre el autor del libro sagrado ni información de carácter científica; es decir, en la Biblia se encuentran hechos históricos, porque la Biblia no es un libro de historia. En este sentido, en la Primera Carta de San Juan se encuentran dos datos: los destinatarios de la primera carta de san Juan son los partos y la canonicidad bíblica. Respecto de lo primero, impresionante la información, incluida en el mismo título de la obra y luego silenciada por completo, una carta dirigida a los partos (o persas); a saber: “Homilías sobre la Primera carta de san Juan a los Partos”. Se desconoce el fundamento de tal afirmación sobre los destinatarios, no avalada —más aún, contradicha— por otros datos de estudiosos de la literatura agustiniana; acogiendo la determinación que debe tratarse de un error en la tradición textual, aunque no hay acuerdo en cuál haya podido ser. En cuanto a su canonicidad la primera carta de san Juan; el predicador de Hipona lo afirma expresamente en la séptima homilía,

a saber: “Esta carta es canónica, se lee en todos los pueblos, la acepta como autoridad el obre de la tierra, ella misma lo ha edificado” (Ep.Io., tr 7,5). Con esta declaración expresada en la homilía séptima y enunciada públicamente, en algún modo san Agustín garantizaba la autoridad católica de su argumentación sobre la caridad para el tiempo pascual a los destinatarios de aquel momento histórico.

Contenido doctrinal de la primera homilía de san Agustín

La intencionalidad de la primera homilía se asocia a la intencionalidad de las diez homilías del obispo de Hipona, la parte está en el todo, él mismo nos cuenta el motivo que inspiró a comentar algunos textos de la primera carta de san Juan “vuestra Santidad recuerda que venimos exponiendo de forma sistemática el evangelio según Juan [...] un texto a tono con la alegría de estas fechas y cuyo comentario pueda acabarse en estos siete u ocho días. Se me ha ocurrido la [primera] carta de San Juan”. Es decir, el contenido de dicho comentario bíblico es la alegría de la caridad o el elogio de la caridad, que san Agustín lo expresa en la octava homilía “dulce es la palabra caridad, pero más dulce la caridad misma”, o esta otra expresión “cuanto mayor es la satisfacción con que hablo de la caridad, tanto menso quiero que se acabe esta carta. No hay ora más ardiente para recomendar la caridad” (Ep. Io. 8, 1). Estamos invitados a leer y releer la primera homilía de san Agustín para que sientas el deleite en la sabiduría de la caridad de Dios.

En el prólogo de Homilías sobre el comentario de la Primera Carta de san Juan a los Partos, el predicador de Hipona hace saber que, desde hacía varias semanas y por iniciativa propia venía comentando ordenadamente

el evangelio según San Juan; es decir, en el contexto eclesiástico del siglo V, las lecturas litúrgicas aún no estaban fijadas estrictamente en un orden litúrgico (Ordo) (lecturas bíblicas feriales y dominicales), era el prelado del lugar —obispo—, quien disponía de libertad suficiente para elegir aquellos textos bíblicos que las exigencias pastorales le dictasen como más oportunas para proclamarlas. Por ejemplo, había excepciones, vinculadas a las grandes fiestas del calendario de la Iglesia católica, entre ellas la fiesta por antonomasia, la solemnidad de la Pascua y la Octava de Pascua.

San Agustín obispo de Hipona no renunció a lo que le pareció un acierto, es decir: la lectura, meditación y comentario continuo de un escrito bíblico en la octava de Pascua, añadido al de las lecturas propias del día; tales eran y son las lecturas de las apariciones de Cristo resucitado a María Magdalena, aparición de Cristo a los discípulos camino de Emaús, aparición de Cristo a Pedro y al discípulo amado. El predicador de Hipona decidió comentar la Primer Carta de San Juan a los Partos, cuya elección debían regularse por dos criterios litúrgicos: que el texto se ajustase al tono festivo y gozoso de las fechas pascuales y que fuera lo suficientemente breve como para poder exponerlo en la semana de la Octava de Pascua, la elección del predicador de Hipona recayó sobre la Primera Carta de San Juan, en atención a la solemnidad pascual y a la temática: “Dios es amor” (1Jn 4,8), que es una temática adecuada para la celebración de la alegría Pascual.

Fecha en que fue predicado la primera homilía

A propósito de la cronología de la primera homilía, se busca identificar en qué fecha del año la predicó, entre

los estudiosos como Casiodoro y Beda, Nello Cipriani y Julián Prieto coinciden en destacar dos aspectos asociados a la fecha del comentario de san Agustín a la Primera Carta de San Juan; las diez homilias se predicaron en la pascua del año 407, en el contexto litúrgico, generalmente el inicio del tiempo pascual, el domingo; en cuanto al momento de la jornada, la primera homilía fue predicada en las horas de la tarde del día domingo. Las diez homilias de san Agustín fueron predicadas en la Pascua del año 407.

Como se ha demostrado anteriormente la primera homilía de san Agustín fue predicada en Pascua, año 407. En el contexto de la problemática religiosa entre la Iglesia católica y el partido de Donato (católicos y donatistas), en su primera homilía san Agustín dice: “cuando topan con algo que les ofende en África se separan del orbe de la tierra, en que no toleran en bien de la paz de Cristo a los que cubren de infamia a la vez que toleran en favor del partido de Donato” (Ep.Io, 1,13). Las predicaciones más elocuentes de los padres de la Iglesia surgieron en contextos polémicos, con las diversas filosofías religiosas: el pelagianismo, el donatismo, el arrianismo y el nestorianismo.

El factor más relevante en tiempos de las homilias de san Agustín y en la Iglesia del norte de África era el cisma donatista, surgido en torno al siglo IV como consecuencia de la última persecución promovida por el emperador Diocleciano, iniciada en el año 303. Si las relaciones entre católicos y donatistas habían sido siempre tensas por décadas; ahora bien, en el momento en que se predicaron estas homilias la tensión había alcanzado los niveles más altos en conflictos, una violencia desenfadada entre los dos cultos (dos altares).

A la campaña católica en favor de la unidad de la iglesia católica se había unida santa Mónica, san Posidio y san Alipio; la campaña de la unidad de la Iglesia católica se fundaba en Cristo, el fundador de la iglesia. A esta campaña liderada por San Agustín obispo de Hipona se había opuesto el grupo fanático de los circunceliones vinculado a los donatistas, estos hacían actos vandálicos con extrema violencia contra los bienes y personas de los católicos atacando y destruyendo familias y la unidad en la sociedad de Hipona. Este hecho indujo a los obispos del norte de África a pedir protección al emperador de Roma, quien, tras tener conocimiento directo de algunos actos violentos cometidos por los circunceliones del partido de Donato ejecutaron órdenes en favor de la paz romana; el 12 de febrero del 405 se emanó un decreto de máxima dureza contra los cismáticos circunceliones donatistas. Este nuevo fallo, en vez de calmar los ánimos de los resentidos cismáticos, los exasperó aún más los ánimos y siguieron cometiendo acciones atroces contra los católicos.

Tal es el contexto eclesial en que vieron la luz la primera homilía de san Agustín obispo de Hipona. Sin embargo, al haber sido predicadas en tiempo Pascual, el interés principal del obispo de Hipona en la octava pascual y en general la Pascua era la formación de los catecúmenos, esto es, de quienes habían sido bautizados en la última Vigilia Pascual y necesitaban confirmar su fe en Cristo. Ellos eran los principales destinatarios de estas homilías, aunque en el desarrollo de los sermones homiléticos los destinatarios de la homilía fueron los católicos y los donatistas de la época de san Agustín de Hipona. Por ello en la primera homilía de san Agustín sobre la Primera Carta de san Juan se encuentra elementos de la iniciación cristiana, tales como: la fraternidad de la

comunidad católica, el amor de Dios, los sacramentos como medios eficaces de salvación de las almas.

Textos bíblicos empleados en la primera homilía de san Agustín

A continuación, son presentados los textos bíblicos que se encuentran en la primera homilía de san Agustín, obispo de Hipona, y, que fueron usados por el prelado de Hipona, autor y predicador de las Homilías sobre la caridad según (1 Jn 1,1-2,11) de la Primera Carta de San Juan a los Partos, en esta homilía se presenta argumentos sólidos sobre el amor fraterno en la doctrina de la iglesia católica.

La Palabra invisible se hace visible al encarnarse

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona serán presentados en paralelo entre el texto de la Primera Carta de San Juan (citas textuales) y los diversos textos bíblicos (citas intertextuales) siguiendo el orden de las páginas de la primera homilía. Los textos bíblicos fundamentan la encarnación del amor de Dios.

Citas textuales	Citas intertextuales
1Jn 1,1 Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído y hemos visto con nuestros ojos, y lo que nuestras manos tocaron de la palabra de vida.	Jn 1,14 Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad.
1Jn 1,2 Y la misma Vida se ha manifestado.	Jn 1,1 En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Sal 77,25 El hombre comió pan de los ángeles, les mandó provisión para hartarse.

San Agustín dice:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído y hemos visto con nuestros ojos, y lo que nuestras manos tocaron de la palabra de vida. Si no fuera porque la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, ¿quién hay que toque con sus manos a la Palabra? Esa Palabra, que se hizo carne para que la tocasen con las manos, comenzó a ser carne en el seno de la Virgen María; pero no empezó entonces a ser Palabra, pues San Juan se expresó de esta manera: Que existía desde el principio. Ved que su carta testifica en favor de su evangelio, en el que oísteis ya: En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios.

Quizá alguien entienda «Palabra de vida» como una manera entre otras de designar a Cristo, no como el mismo cuerpo de Cristo que fue tocado con las manos. Ved cómo sigue: *Y la misma Vida se ha manifestado.* Cristo es, pues, la Palabra de vida. Y ¿cómo se ha manifestado? Pues existía desde el principio, pero no se había manifestado a los hombres; sí, en cambio, a los ángeles que la veían y se alimentaban de ella como de su pan. Pero ¿qué afirma la Escritura? *El hombre comió pan de los ángeles.* Por tanto, la misma Vida se ha manifestado en la carne, puesto que apareció ostensible a fin de que una realidad que sólo se puede ver con el corazón se vea también con los ojos, con el objetivo de sanar los corazones. En efecto, a la Palabra se la percibe sólo con el corazón, mientras que a la carne se la ve también con los ojos del cuerpo. Teníamos ojos para ver la carne, pero no para ver la Palabra. Por eso *la Palabra se hizo carne* que nos

fuera posible ver, para que sanase en nosotros lo que nos capacita para ver la Palabra.

Testigos y mártires de lo que han visto: la encarnación de la Palabra

A continuación, se presenta las citas bíblicas —textuales e intertextuales— empleados por san Agustín obispo de Hipona para predicar el testimonio de los apóstoles sobre la manifestación de la Palabra de Dios en esta parte de la Primera Homilía.

Cita textual	Cita intertextual
<p>1Jn 1,2 Nosotros la hemos visto y somos testigos de ella.</p>	<p>Jn 1,3 Todo fue hecho por él y sin él nada se hizo. Gn 2,24 Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y serán dos en una sola carne. Mt 19,6 De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre. Is 61,10b Como a esposo me impuso la corona y como a esposa me adornó con joyas.</p>

San Agustín comenta:

Nosotros la hemos visto y somos testigos de ella. Quizá algunos hermanos que desconocen la lengua griega ignoran el término que usa para designar a los testigos. Se trata de uno muy utilizado por todos e incorporado al lenguaje religioso. En efecto, aquellos a los que llamamos testigos en nuestro idioma, son los mártires en lengua griega.

¿Quién no ha oído hablar de ellos o en qué labios cristianos no habita a diario la palabra mártires? Y ¡ojalá habite también en el corazón de tal modo que, en vez de ponerlos bajo nuestros pies, imitemos sus pasiones! Tal es la razón por la que se dijo: *La hemos visto y somos testigos*: la hemos visto y somos mártires. En efecto, ellos dieron testimonio de lo que vieron y de lo que oyeron de quienes la vieron. Mas, como ese mismo testimonio desagradaba a los hombres contra los que se profería, padecieron todo lo que padecieron los mártires. Los mártires son los testigos de Dios. Dios quiso tener a hombres por testigos, para que también ellos tengan por testigo a Dios.

La hemos visto —dijo— y somos testigos. ¿Dónde la vieron? En su manifestación. ¿Qué significa «en su manifestación»? En el sol, es decir, en esta luz visible. Pero si no hubiese puesto en el sol su tienda y él mismo, como esposo que sale de su tálamo, no hubiese saltado de gozo como un gigante dispuesto a recorrer el camino, ¿cómo se habría podido ver a la luz del sol a quien hizo el sol? El que existe antes que el sol e hizo al sol, el que existe antes del lucero, antes de todos los astros, antes de todos los ángeles, el creador auténtico, puesto que *todo fue hecho por él y sin él nada se hizo*, puso su tienda en el sol, es decir, mostró su carne a esta luz visible, para que la viesen los ojos de carne que ven el sol.

El tálamo de dicho esposo fue el seno de la Virgen puesto que en aquel seno virginal se unieron los dos, el esposo y la esposa, el esposo que es la Palabra y la esposa que es la carne. En efecto, está

escrito: *Y serán dos en una sola carne*; también el Señor dice en el evangelio: *Así, pues, ya no son dos, sino una sola carne*. E Isaías, de forma magistral, recuerda que esos dos son una sola cosa, pues hablando en nombre de Cristo dice: *Como a esposo me impuso la corona y como a esposa me adornó con joyas*. Parece que es uno solo el que habla y se presenta a la vez como esposo y como esposa, puesto que no son dos, sino *una sola carne*, dado que *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. A esa carne se une la Iglesia y se constituye el Cristo total, cabeza y cuerpo.

Socios por la fe común

Los textos bíblicos empleados por san Agustín en esta parte de su escrito son citas de la Primera Carta de San Juan y del Evangelio según San Juan presentados para argumentar la espiritualidad de la fe común.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 1,2-3 Y somos sus testigos —dijo— y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y que se ha manifestado en nosotros.</p> <p>1Jn 1,3-4 Y nuestra comunión sea con Dios Padre y con Jesucristo su Hijo. Y esto —dice— os lo escribimos, para que vuestro gozo sea pleno.</p>	<p>Jn 20,25-29 Pero él les contestó: Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré [...] Porque has visto has creído; bienaventurados los que no ven y creen.</p>

San Agustín explica:

Y somos sus testigos —dijo— y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y que se

ha manifestado en nosotros, es decir, entre nosotros. Podía haber sido más claro diciendo: se nos manifestó.

Os anunciamos lo que hemos visto y oído. Preste atención vuestra Caridad: *Os anunciamos lo que hemos visto y oído.* Ellos vieron al Señor en persona presente en la carne y oyeron las palabras salidas de su boca y nos las anunciaron. También nosotros, pues, hemos oído, pero no hemos visto. Según esto, ¿somos menos afortunados que quienes vieron y oyeron? Entonces, cómo añade: *¿Para que también vosotros estéis en comunión con nosotros?* Ellos vieron, nosotros no y, sin embargo, estamos en comunión con ellos, porque tenemos en común con ellos la fe. Uno de ellos, en efecto, a pesar de estar viéndole, no creyó y quiso tocarle para así creer. Éstas fueron sus palabras: *No creeré a no ser que introduzca mis dedos en las llagas que dejaron los clavos y toque sus cicatrices.* Y quien se ofrece siempre a la mirada de los ángeles para que lo vean, se ofreció inmediatamente a las manos de los hombres para que le palpasen. Y aquel discípulo le palpó y exclamó: *Señor mío y Dios mío.* Tras tocarle en cuanto hombre, le confesó como Dios. Y el Señor, para consolarnos a nosotros que ya no tenemos la posibilidad de tocarle con las manos una vez que está sentado en el cielo, pero sí de tocarle con la fe, le dice: *Porque has visto has creído; bienaventurados los que no ven y creen.* Somos nosotros los descritos, nosotros los indicados. Hágase, pues, realidad en nosotros la bienaventuranza que el Señor predijo había de llegar. Mantengamos con firmeza lo que aún no vemos, puesto que lo anuncian los que lo vieron.

Para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. ¿Qué tiene de grande estar en comunión con hombres? No lo desprecies; considera lo que añade: Y nuestra comunión sea con Dios Padre y con Jesucristo su Hijo. Y esto —dice— os lo escribimos, para que vuestro gozo sea pleno. Afirma que el gozo pleno está en la comunión misma, en la caridad misma, en la unidad misma.

¿Qué quiere enseñar?

San Agustín predicador de la caridad según la Primera carta de san Juan a los partos usa los textos bíblicos de manera pedagógica para enseñar a sus oyentes que Dios es Luz y que en él no hay tinieblas.

Citas textuales	Citas contextuales
<p>1Jn 1,5 Y ésta es la noticia que oímos de él y que os anunciamos.</p> <p>1Jn 1,5 Que Dios es luz y que en él no hay tinieblas.</p>	<p>Sal 33,6 Acercaos a él y quedáis iluminados y vuestros rostros no se cubrirán de vergüenza.</p>

San Agustín dice:

Y ésta es la noticia que oímos de él y que os anunciamos. ¿Qué significa esto? Ellos vieron, tocaron con sus manos la Palabra de la vida. El Hijo único de Dios, que existía desde el principio, se hizo temporalmente visible y palpable. ¿A qué vino? ¿Qué novedad nos anunció? ¿Qué quiso enseñarnos? ¿Por qué hizo lo que hizo, es decir, siendo la Palabra se hizo carne; siendo Dios sobre todas las cosas padeció un trato ruin a manos de los hombres,

recibió bofetadas de manos que él mismo formó? ¿Qué quiso enseñar? ¿Qué quiso mostrar? ¿Qué quiso anunciar? Escuchémosle, pues el relato de lo acontecido, esto es, que Cristo nació y sufrió la pasión, sin el fruto que deriva de la enseñanza, distrae más que fortalece el espíritu. ¿Qué es lo que oyes de grandioso? Considera el fruto que extraes de lo que oyes. ¿Qué quiso enseñarnos? ¿Qué quiso anunciarnos? Escucha: *Que Dios es luz —dijo— y que en él no hay tinieblas*. Acaba de mencionar la luz, pero las palabras son oscuras. Es un bien para nosotros que la luz recién nombra ilumine nuestros corazones y entendamos qué dijo. Esto es lo que os anunciamos: *que Dios es luz y que en él no hay tinieblas*. ¿Quién, en efecto, se atrevería a afirmar que en Dios hay tinieblas o a preguntar qué luz es ésa, o de qué tinieblas se trata? No sea que se refiera a cosas que pertenezcan al ámbito de estos ojos nuestros. *Dios es luz*, pero es luz el sol, y la luna y una lámpara —sostiene no sé quién—. Debe existir una realidad mayor que esos seres, mucho más excelente y elevada. Cuanto sobrepasa Dios a la criatura, el creador a su obra, la Sabiduría a lo hecho por ella, tanto debe sobrepasar esta luz a todas las demás cosas. Y quizá llegaremos a ser afines a ella si conocemos qué clase de luz es y nos aproximamos para que nos ilumine. Pues en nosotros somos tinieblas pero, iluminados por ella, podemos constituirnos en luz; entonces ella no nos avergonzará porque nos avergonzaremos nosotros mismos. ¿Quién es el que se avergüenza a sí mismo? Quien se reconoce pecador. ¿A quién no avergüenza ella? A quien ella ilumina. ¿En qué consiste ser iluminado por ella? Quien ve ya que los pecados le envuelven en tinieblas y desea ser iluminado por ella, se acerca

a ella. Por eso dice el Salmo: *Acercaos a él y quedáis iluminados y vuestros rostros no se cubrirán de vergüenza*. Pero ella no te cubrirá de vergüenza si, cuando te descubra tu fealdad, esa misma fealdad te desagrada para percibir su belleza. Esto es lo que nos quiere enseñar.

¿Qué esperanza le queda al hombre ante el pecado? Reconocerse pecador

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona en esta parte de su Primera Homilía para fundamentar su predicación acerca del ser humano y su pecado: actitud de fuertes espiritualmente y confirmados en la fe es reconocerse pecadores.

Citas textuales	Citas contextuales
<p>1Jn 1,3 Para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión sea con Dios Padre y con Jesucristo su Hijo.</p> <p>1Jn 1,6 Porque si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en tinieblas, mentimos.</p> <p>1Jn 1,7 Porque si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Porque si caminamos en la luz, como también él está en la luz, estamos en comunión los unos con los otros.</p>	<p>2Cor 6,14 ¡No unciros en yugo desigual con los infieles! Pues ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué unión entre la luz y las tinieblas?</p> <p>Ef 6,12 Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en el aire.</p> <p>Ap 1,5 Y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados.</p>

San Agustín pregunta y explica:

¿Nos hemos precipitado quizá al hacer esa afirmación? Que el apóstol nos lo descubra en lo que viene a continuación.

Recordad lo dicho al comienzo de este mi sermón, a saber, que esta carta encarece la caridad. *Dios —dice— es luz y en él no hay tiniebla alguna.* Pero ¿qué había dicho antes? *Para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión sea con Dios Padre y con Jesucristo su Hijo.* En consecuencia, si Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna y debemos estar en comunión con él, tenemos que expulsar de nosotros las tinieblas para que se produzca en nosotros la luz, pues las tinieblas no pueden entrar en comunión con la luz. Por tanto, mira cómo continúa: *Porque si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en tinieblas, mentimos.* Dispones también del testimonio del apóstol Pablo que dice: *O ¿qué unión hay entre la luz y las tinieblas?*

Afirmas estar en comunión con Dios, pero caminas en tinieblas; por otra parte, Dios es luz y en él no hay tinieblas, ¿cómo entonces están en comunión la luz y las tinieblas? Es el momento de que el hombre se interrogue: «¿qué he de hacer, cómo puedo llegar a ser luz? Vivo envuelto en pecados e iniquidades». Parece que se le infiltra cierta desesperación y tristeza. No hay salvación más que estando en comunión con Dios. [Pero] *Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna;* los pecados, en cambio, son tinieblas como lo dice el Apóstol al afirmar que el diablo y sus ángeles son los que

dirigen estas tinieblas. No diría de ellos que dirigen las tinieblas si no dirigiesen a los pecadores y dominasen sobre los inicuos.

¿Qué hacemos, hermanos míos? Hay que estar en comunión con Dios, pues, de lo contrario, no cabe esperanza alguna de vida eterna. Mas, por un lado, *Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna*; por otro, las iniquidades son tinieblas. Las iniquidades nos oprimen, de modo que no podemos estar en comunión con Dios. ¿Qué esperanza nos queda? ¿No os había prometido que estos días iba a hablar de algo que produjese gozo? Si no nuestro ese algo gozoso, esto es sólo tristeza. [De un lado], *Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna*; [de otro] los pecados son tinieblas, ¿qué será de nosotros?

Escuchemos por si acaso nos consuela, levanta nuestro ánimo y nos da esperanza que nos evite desfallecer en el camino. Pues sostenemos una carrera y una carrera hacia la patria, y, si perdemos la esperanza de llegar, la misma falta de esperanza nos hace desfallecer. Pero Dios que quiere que lleguemos a la patria para retenernos en ella, nos alimenta en el camino. Escuchemos, pues: *Porque si decimos que estamos en comunión con él y caminamos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad*. No afirmemos que estamos en comunión con Dios si caminamos en tinieblas. *Porque si caminamos en la luz, como también él está en la luz, estamos en comunión los unos con los otros*. Caminemos en la luz como también él está en la luz para que podamos estar en comunión con él. ¿Pero qué hacemos con nuestros pecados? Escucha lo que viene a continuación: *Y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpiará de todo pecado*.

Gran seguridad nos ha dado Dios. Con razón celebramos la Pascua, momento en que se derramó la sangre del Señor que nos limpia de todo pecado. Estemos tranquilos. El diablo tenía un crédito de servidumbre que nos era contrario, pero la sangre de Cristo lo ha anulado. *La sangre —dice— de su Hijo nos limpiará de todo pecado. ¿Qué significan las palabras de todo pecado?*

Prestad atención. Ved que, en el nombre de Cristo [y] por su sangre que acaban de confesar estos a los que llamamos «infantes», ya han sido purificados de todos sus pecados. Entraron envejecidos, salieron rejuvenecidos. ¿Qué significa «entraron envejecidos, salieron rejuvenecidos»? Entraron siendo viejos, salieron siendo «infantes». Pues la vejez es una vida lánguida y decrepita; la infancia, que significa regeneración, en cambio, es una vida nueva.

Pero ¿qué hacemos? Los pecados pasados ya han sido perdonados, no sólo a ellos, sino también a nosotros. Pero, tras el perdón y la abolición de todos los pecados, al vivir en este mundo en medio de tentaciones, quizá se han contraído algunos otros. Por tanto, el hombre haga lo que está en sus manos: confiese lo que es, para que le cure quien siempre es lo que es. Pues él existía y existe siempre; nosotros no existíamos, pero existimos.

El remedio al pecado inevitable

Las citas bíblicas —textuales e intertextuales— empleados por san Agustín obispo de Hipona para predicar sobre el remedio para el pecado inevitable.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 1,8-9 Porque si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo, para perdonar nuestros pecados y purificarnos de toda iniquidad.</p> <p>1Jn 1,9-10 Porque, si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Porque, si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso a él y su verdad no habita en nosotros.</p>	<p>1Pe 4,8 La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.</p> <p>Sal 50,11 Aparta tu rostro de mis pecados.</p> <p>Sal 50,5 Porque yo reconozco mi iniquidad.</p> <p>Rm 3,4 Todo hombre es mentiroso, sólo Dios es veraz.</p>

San Agustín recuerda y dice:

Considera, pues, lo que afirma: *Porque si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no habita en nosotros.* Así, pues, si te reconoces pecador, habita en ti la verdad, pues la misma verdad es luz.

Aún no ha resplandecido de forma plena tu vida, porque en ella hay pecados; sin embargo, ya comienzas a ser iluminado, porque existe el reconocimiento de los pecados. Pues mira cómo sigue: *Porque si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo, para perdonar nuestros pecados y purificarnos de toda iniquidad.* No sólo de la pasada, sino también de la que tal vez hayamos contraído como consecuencia de hallarnos en esta vida; porque mientras el hombre carga con la carne no puede no tener pecados, al menos leves. Pero no desprecies estos pecados que llamamos leves.

Si los desprecias al considerar su propio peso, asústate al considerar su número. Muchas cosas menudas hacen una mole grande; muchas gotas llenan un río, muchos granos hacen un muelo. Y ¿qué esperanza hay? Ante todo, el reconocimiento del pecado; que nadie se considere justo ni levante su cerviz el hombre que no existía y existe ante los ojos de Dios que ve lo que es. Ante todo, pues, el reconocimiento del pecado y luego el amor. Porque ¿qué se ha dicho de la caridad? *La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.*

Veamos ya si recomienda la caridad misma, con la mirada puesta en los pecados que se cuelan disimuladamente, puesto que sólo la caridad extingue los pecados. El orgullo apaga la caridad; la humildad, por tanto, la robustece. La caridad extingue los pecados. La humildad está incluida en dicho reconocimiento, porque consiste en admitir que se es pecador. En eso consiste la humildad; no en decirlo con la lengua, como impulsados por la arrogancia, para no desagradar a los hombres proclamándonos justos. Es lo que hacen quienes carecen de piedad y de cordura: «Sé bien que soy justo, pero ¿qué voy a decir ante los hombres? Si me declaro justo, ¿quién lo soportará? ¿Quién lo tolerará? Me basta con que Dios conozca mi justicia; yo, sin embargo, me proclamaré pecador. No porque lo sea, sino para no hacerme odioso por mi arrogancia». Di a los hombres lo que eres; dilo también a Dios. Porque, si no dices a Dios lo que eres, él condena lo que halla en ti. ¿Quieres que no te condene él? Condénate tú. ¿Quieres que él te perdone? Reconóctete pecador, para poder decirle: *Aparta tu rostro de mis pecados.* Dile también

aquellas otras palabras del mismo salmo: *Porque yo reconozco mi iniquidad.*

*Porque, si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Porque, si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso a él y su verdad no habita en nosotros. Si dices: «No he pecado», le haces mentiroso a él al querer pasar tú por veraz. ¿Cómo puede darse que Dios sea mendaz y el hombre veraz, siendo así que tal afirmación contradice a la Escritura que dice: *Todo hombre es mentiroso, sólo Dios es veraz?* Dios es, pues, veraz por sí mismo, tú lo eres por Dios, dado que por ti mismo eres mentiroso.*

Mala y buena seguridad

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona en esta parte de su Primera Homilía son citas textuales de la Primera Carta de San Juan para fundamentar su predicación acerca de la confianza en Dios y la falsa seguridad.

Citas textuales
1Jn 1,9 Él es fiel y justo para limpiarnos de toda iniquidad.
1Jn 2,1-2 Pero si alguien peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el justo, y él es víctima de propiciación de nuestros pecados.

San Agustín enseña y explica:

*Las palabras **Él es fiel y justo para limpiarnos de toda iniquidad** podían quizá dejar la impresión*

de que el apóstol Juan otorga la impunidad a los pecados y que los hombres podrían decir para sí: «Pequemos, hagamos tranquilos lo que queramos, pues Cristo, que es fiel y justo, nos limpia de toda iniquidad». Para evitarlo, te quita esa seguridad dañina y te infunde un temor provechoso. Quieres tener una seguridad dañina, llénate de preocupación. Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, si estás a disgusto contigo mismo y vas cambiando hasta alcanzar la perfección. Según eso, ¿cómo continúa? *Hijos míos, os escribo para que no pequéis*. Pero tal vez se os ha infiltrado el pecado como resultado de la vida humana; ¿qué sucederá, pues? ¿Qué hacer? ¿Entrará ya la desesperación? Escucha: *Pero si alguien peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el justo, y él es víctima de propiciación de nuestros pecados*. Él es, pues, nuestro abogado. Pon empeño en no pecar. Pero si se infiltrase el pecado, como resultado de la debilidad de la vida, préstale atención al instante, desagradete al instante, condénalo inmediatamente. Y una vez que lo hayas condenado, llegarás confiado a la presencia del juez. Allí tienes un abogado; no temas perder tu causa por reconocerte pecador. Pues, si alguna que otra vez en esta vida el hombre se confía a una lengua elocuente y evita perecer, ¿vas a perecer tú que te confías a la Palabra? Grita: *Tenemos un abogado ante el Padre*.

El ejemplo de Juan

Las citas bíblicas —textuales e intertextuales— empleados por san Agustín obispo de Hipona para predicar sobre el ejemplo de orante y la comunidad orante.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 2,2 <i>No sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.</i></p>	<p>Jn 1,1 <i>En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios.</i></p> <p>Col 4,3 <i>Orando a la vez también por nosotros.</i></p> <p>Mt 24,23 <i>Tenemos como abogado ante el Padre a Jesucristo el justo; él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, pensando en quienes se habían de separar e iban a decir: Ved que Cristo está aquí, ved que está allí.</i></p> <p>Sal 131,6 <i>La hemos hallado en campos de bosques.</i></p> <p>Dn 2,35 <i>Estabécete en aquella montaña que llenó el orbe de la tierra.</i></p>

San Agustín enseña y ejemplifica:

Ved cómo el mismo Juan mantiene la humildad. Sin duda era varón grande y justo quien bebía en el pecho del Señor los secretos de los misterios; él, que, bebiendo en el pecho del Señor, eructó la divinidad —*en el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios*—; él, varón tan cualificado, no dijo: «Tenéis un abogado ante el Padre», sino: *Si alguien peca, tenemos un abogado ante el Padre*. No dijo «tenéis», ni «me tenéis a mí», ni «tenéis al mismo Cristo», sino que, por una parte, puso a Cristo, no a sí mismo; por otra, dijo «tenemos», no «tenéis». Para tener a Cristo como abogado, prefirió incluirse en el número de los pecadores antes que autoproponeerse como abogado

en lugar de Cristo y hallarse entre los orgullosos destinados a la condenación.

Hermanos, *tenemos como abogado ante el Padre a Jesucristo el justo; él es la víctima de propiciación por nuestros pecados*. Quien mantuvo esta verdad no dio origen a herejía alguna; quien la mantuvo no causó cisma alguno. ¿De dónde, pues, provienen los cismas? Del hecho de que hay hombres que dicen: «Nosotros somos justos»; del hecho de que hay hombres que dicen: «Nosotros santificamos a los impuros, nosotros justificamos a los impíos, nosotros pedimos, nosotros obtenemos». En cambio, ¿qué es lo que dijo Juan? *Pero, si alguno peca, tenemos un abogado ante el padre, Jesucristo, el justo*. Pero objetará alguno: «Entonces, ¿los santos no interceden por nosotros? ¿Entonces los obispos y los dirigentes de la Iglesia no interceden por el pueblo?». Prestad atención a las Escrituras y ved que también los dirigentes se encomiendan al pueblo. Efectivamente el Apóstol dice a la comunidad: *Orando a la vez también por nosotros*. Ora el Apóstol por la comunidad, ora la comunidad por el Apóstol. Oramos por vosotros, hermanos, pero orad también vosotros por nosotros. Oren todos los miembros unos por otros; interceda la Cabeza por todos. Por tanto no causa extrañeza la continuación de la carta, que cierra la boca a quienes dividen la Iglesia de Dios. Pues primero dijo: *Tenemos como abogado ante el Padre a Jesucristo el justo; él es la víctima de propiciación por nuestros pecados*, pensando en quienes se habían de separar e iban a decir: *Ved que Cristo está aquí, ved que*

está allí, y querían mostrar que quien compró y posee la totalidad está en sólo una parte; luego, acto seguido, añadió: *No sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo*. ¿Qué significa esto, hermanos? Ciertamente *la hemos hallado en campos de bosques*; hemos hallado a la Iglesia en todos los pueblos. Ved que Cristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y no sólo por los nuestros, sino por todos los del mundo. ¿Qué significa esto, hermanos? Que ciertamente *la hemos hallado en campos de bosques*; que hemos hallado la Iglesia en todos los pueblos. Advierte que Cristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y no sólo por los nuestros, sino por todos los del mundo. Fíjate que tienes a la Iglesia extendida por todo el mundo, no sigas a aquellos cuya justificación es falsa, pero verdadera su rotura de la unidad. Establécete en aquella montaña que llenó el orbe de la tierra, puesto que Cristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados y no sólo por los nuestros, sino por todos los del mundo que adquirió con su sangre.

La perfección del amor: amar a los enemigos

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona en esta parte de su Primera Homilía son citas textuales e intertextuales de la Primera Carta de San Juan y de los evangelios según san Juan, según san Lucas y san Mateo para argumentar su predicación sobre la perfección del amor que alcanza hasta el amor a los enemigos.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 2,3-5 Pero si alguien guarda su palabra —dice— en él ciertamente el amor de Dios ha llegado a su plenitud.</p> <p>1Jn 2,5 En esto conocemos que estamos en él: si hemos alcanzado la perfección en él.</p> <p>1Jn 2,6 Por tanto, quien dice que permanece en Él, es decir, en Cristo, debe caminar también como caminó Él.</p>	<p>Jn 13,34 Os doy un mandamiento nuevo —dice—: que os améis los unos a los otros.</p> <p>Lc 23,34 Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.</p> <p>Mt 5,48 Sed, pues, perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto.</p>

San Agustín dice:

Sigue la carta: Ésta es la señal de que le conocemos: que guardamos sus mandamientos. ¿Qué mandamientos? Quien dice que le ha conocido y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero aún preguntas qué mandamientos. Pero si alguien guarda su palabra —dice— en él ciertamente el amor de Dios ha llegado a su plenitud. Veamos, no sea que designe como mandamiento el amor. Preguntábamos, pues, de qué mandamientos se trataba, y dice: Pero si alguien guarda su palabra, el amor de Dios ha llegado en él ciertamente a su plenitud. Presta atención al evangelio, mira si no es éste el mandato: Os doy un mandamiento nuevo —dice—: que os améis los unos a los otros. En esto conocemos que estamos en él: si hemos alcanzado la perfección en él. Los llama perfectos en el amor. ¿En qué consiste la perfección del amor? En amar a los enemigos y amarlos mirando a que se conviertan en hermanos.

Nuestro amor, en efecto, no debe ser carnal. Desear a alguien la salud física es cosa buena, pero, si llega a faltar, que el alma esté a salvo. ¿Deseas la vida a algún amigo tuyo? Haces bien. ¿Gozas con la muerte de tu enemigo? Obras mal. Pero quizá, por una parte, la vida que deseas a tu amigo le es inútil y, por otra, la muerte de que te gozas fue útil a tu enemigo. No hay certeza de si esta vida va a ser útil o no para determinada persona; en cambio, la vida en Dios le es, sin duda alguna, provechosa. Ama a tus enemigos de tal manera que desees tenerlos como hermanos; ámalos de tal manera que sean llamados a entrar en comunión contigo. Pues así amó quien, pendiendo de la cruz, dijo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*. Y no dijo: «Padre, que vivan por largo tiempo; a mí me dan ciertamente la muerte, pero vivan ellos». Mas ¿qué dijo? *Perdónales porque no saben lo que hacen*. Expulsaba de ellos la muerte eterna con súplica llena de misericordia y con poder excepcional. Muchos de ellos creyeron y se les perdonó el haber derramado la sangre de Cristo. Primero la derramaron cuando se ensañaron con él; ahora, una vez que creyeron, la bebieron. *En esto conocemos que estamos en él: si alcanzamos la perfección en él*. El mismo Señor, exhortándonos a la misma perfección en el amor a los enemigos, dice: *Sed, pues, perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto*. Por tanto, *quien dice que permanece en Él*, es decir, en Cristo, *debe caminar también como caminó Él*. ¿Acaso se trata de una exhortación a que caminemos sobre el mar? En ningún modo. Nos exhorta a que caminemos por el camino de la justicia. ¿Por qué camino? Lo acabo de indicar. Estaba clavado en la cruz, pero caminaba por ese mismo camino, el camino de la

caridad: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*. Así, pues, si aprendes a orar por el bien de tu enemigo, caminas por el camino del Señor.

El «mandamiento nuevo» es viejo y nuevo a la vez

Las citas bíblicas —textuales e intertextuales— empleados por san Agustín obispo de Hipona para predicar sobre la luz y las tinieblas, lo viejo y lo nuevo.

Cita textual	Cita intertextual
1Jn 2,7 <i>El que teníais desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado.</i>	Col 3, 9-10 <i>Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo.</i>
1Jn 2,8 <i>Porque las tinieblas pasaron y luce ya la luz verdadera.</i>	Ef 5,8 <i>En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor.</i>

San Agustín predica y afirma:

Amadísimos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento viejo que teníais desde el principio. ¿A qué mandamiento viejo se refiere? Al que teníais —dice— desde el principio. Es, pues, viejo, porque ya lo habéis oído; de no serlo en este sentido, sería contrario al texto en que el Señor dice: Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros. Pero ¿por qué es viejo? No es viejo porque se refiera al hombre viejo. ¿Por qué, entonces? El que teníais desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Es viejo, pues, porque ya lo habéis escuchado. Pero ese mismo mandamiento lo presentó como nuevo al decir: Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo. El mismo al que llamó viejo, no otro, es

también nuevo. ¿Por qué? *Lo cual es verdadero en él mismo y en vosotros.* Ya habéis oído por qué es viejo: porque ya lo conocíais. Pero ¿por qué es nuevo? *Porque las tinieblas pasaron y luce ya la luz verdadera.* Ved qué le hace nuevo: el hecho de que las tinieblas pertenezcan al hombre viejo y la luz al nuevo. ¿Qué dice el apóstol Pablo? *Despojaos del hombre viejo y revestíos del nuevo.* ¿Qué dice en otro texto? *En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor.*

El que odia a su hermano no es cristiano

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona en esta parte de su Primera Homilía son citas textual e intertextual de la Primera Carta de San Juan y del evangelio según san Mateo para argumentar en su predicación sobre la esencia del ser cristiano. En esta parte de la homilía san Agustín hace alusión a los donatistas que, considerándose cristianos, odiaban a los católicos, sus hermanos y los fieles de Hipona, los oyentes de la homilía no tendrían dificultad en entender la alusión a los donatistas.

Citas textuales	Citas intertextuales
1Jn 2,9 <i>Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, está aún en las tinieblas.</i>	Mt 5,44 <i>Pues yo os digo: Amad a los enemigos y rogad por los que os persigan.</i>

San Agustín predica y explica:

Quien dice que está en la luz. Ahora descubre todo lo que ha dicho: *Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, está aún en las tinieblas.* Ea, hermanos míos, hasta cuándo tendremos que

deciros: *¿Amad a los enemigos?* Guardaos de odiar a los hermanos, lo que sería más grave. Si sólo amaseis a los hermanos, aún no seríais perfectos; si, al contrario, los odiáis, ¿qué sois?, ¿dónde estáis? Que cada cual vuelva los ojos a su corazón; no tenga odio al hermano porque le haya dirigido alguna palabra dura; no se vuelva tierra por disputas terrenas. Pues quien odia a su hermano, no sostenga que camina en la luz. *¿Qué he dicho? No sostenga que camina en Cristo. Quien dice que está en la luz y odia a su hermano, está aún en tinieblas.*

Determinada persona —no sé quién— pasa del paganismo a la fe cristiana. Atended; he aquí que estaba aún en las tinieblas, cuando era pagana; ahora ya se ha hecho cristiano, gracias a Dios. Todos se felicitan. Se le lee al Apóstol que se congratula: *En otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor.* Adoraba los ídolos, adora a Dios; adoraba lo que él hizo, adora a quien lo hizo. Se produjo en ella un cambio; gracias a Dios, todos los cristianos se felicitan. ¿Por qué? Porque ya adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y detesta a los demonios e ídolos. Juan aún sigue preocupado por esa persona, aunque son muchos los que se felicitan sin abrigar sospechas respecto de ella. Hermanos, acojamos de buen grado esta solicitud maternal. No sin motivo está preocupada la madre por nosotros, mientras otros manifiestan su gozo. Llamo madre a la caridad. Ella moraba en el corazón de Juan, al decir lo que dijo. ¿Por qué, sino porque siente algún temor, incluso cuando ya los hombres nos felicitan? ¿Qué teme? *Quien dice que está en la luz.* ¿Qué significa esto? Quien dice que ya es cristiano *y odia a su hermano, está aún en tinieblas.* No es algo que requiera exposición; es motivo de gozo, si no se da, o de llanto, si se da.

El amor al hermano evita tropezar en Cristo o en la Iglesia

Las citas bíblicas —textuales e intertextuales— empleados por san Agustín obispo de Hipona para predicar sobre la bondad del amar al hermano, porque Cristo es nuestro hermano mayor y la Iglesia es una familia de hermanos si no amamos a los hermanos no amamos ni a Cristo ni a su Iglesia fundada por él en el fundamento apostólico.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 2,10 Quien ama al hermano permanece en la luz y no sufre tropiezo.</p>	<p>Sal 120,6 De día no te quemará el sol ni la luna de noche.</p> <p>Jn 6, 53 En verdad, en verdad os digo: Quien no coma la carne del hijo del hombre y beba su sangre no tendrá vida en sí.</p> <p>Jn 6,60 Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: Duro es este lenguaje ¿Quién puede escucharlo?</p> <p>Jn 6,68-69 Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.</p> <p>2Cor 11,29 ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién tropieza sin que yo me abraze?</p> <p>Sal 118,165 Haya paz abundante para los que aman tu ley y no tendrán donde tropezar.</p> <p>Ef 4,2-3 Soportándoos recíprocamente en el amor, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.</p> <p>Gál 6,2 Llevad mutuamente vuestras cargas; así cumpliréis la ley de Cristo.</p>

San Agustín predica y enseña:

Quien ama al hermano permanece en la luz y no sufre tropiezo. Os lo suplico por Cristo. Dios nos alimenta; hemos de restablecer nuestros cuerpos en el nombre de Cristo; en cierta medida ya los hemos restablecido, pero deben serlo aún más. Reciba su alimento nuestra mente. No digo esto porque vaya a seguir hablando mucho tiempo, pues ya llega a su término el texto de la carta leído, sino para evitar que el cansancio lleve a escuchar con menor atención algo que es de suma importancia. *Quien ama a su hermano permanece en la luz y no sufre tropiezo.* ¿Quiénes son los que tropiezan o hacen tropezar? Los que tropiezan en Cristo y en la Iglesia. A los que tropiezan en Cristo es como si les quemara el sol; a los que tropiezan en la Iglesia, como si les quemara la luna. Pero dice el salmo: *De día no te quemará el sol ni la luna de noche.* Es decir, si conservas la caridad, no tropezarás ni en Cristo ni en la Iglesia; no abandonarás ni a Cristo ni a la Iglesia. Pues quien abandona la Iglesia, ¿cómo está en Cristo, si no se cuenta entre los miembros de Cristo?, ¿cómo está en Cristo quien no forma parte del cuerpo de Cristo? Así, pues, tropiezan quienes abandonan a Cristo o la Iglesia. ¿Cómo entendemos que el salmo habló de eso al decir: *De día no te quemará el sol ni la luna de noche?*, esto es, que quiere se entienda en el tropiezo la ustrión. Ante todo, considera la comparación misma. Quien se está quemando dice: «No lo tolero, no lo soporto» y se echa atrás; de idéntica manera quienes no soportan ciertas cosas en

la Iglesia y se apartan del nombre de Cristo o de la Iglesia, tropiezan. Ved, pues, de qué modo tropezaron como en el sol aquellos hombres carnales a quienes Cristo anunciaba su carne y decía: *Quien no coma la carne del hijo del hombre y beba su sangre no tendrá vida en sí*. En torno a unos setenta hombres dijeron: *Duro es este lenguaje*, y se apartaron de su compañía, quedando con él los doce. A todos ellos los quemó el sol y se separaron, al no ser capaces de soportar la fuerza de aquella palabra. Quedaron, pues, los doce. Y como los hombres podían pensar que son ellos quienes otorgan algo a Cristo al creer en Él y no que es Él quien les otorga el favor a ellos, para evitarlo, en compañía sólo de los doce, les dice el Señor: *¿También vosotros queréis marcharos?* Para que sepáis que yo os soy necesario a vosotros, no vosotros a mí. Aquellos a quienes no había quemado el sol, al contrario, respondieron sirviéndose de Pedro como portavoz: *Señor, tú tienes palabras de vida eterna, ¿a dónde iremos?*

Pero ¿a quiénes quema la Iglesia, cual luna, de noche? A los causantes de cismas. Escucha el mismo término presente en el Apóstol: *¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién tropieza sin que yo me abraze? ¿Cómo, entonces, no hay tropiezo en quien ama al hermano? Porque el que ama al hermano tolera todo en bien de la unidad; porque el amor fraterno está en la unidad de la caridad. Porque te haya ofendido no sé quién, ya sea realmente malvado, ya lo sea sólo en tu mente o en tu imaginación, ¿ya vas a abandonar a tantos buenos? ¿Qué amor fraterno es un amor como el*

que aparece en tales personas? Acusan a los africanos ¡y se separaron del orbe de la tierra! ¿Es que no había santos en toda la tierra? ¿Acaso pudisteis condenarlos sin haberles oído en el tribunal? Pero... ¡oh! Si amarais a los hermanos no hallaríais dónde tropezar. Escucha lo que dice el salmo: *Haya paz abundante para los que aman tu ley y no tendrán donde tropezar*. Anunció una gran paz para los que aman la ley de Dios y, por eso, no tropiezan. En consecuencia, quienes tropiezan pierden la paz. Pero ¿de quiénes dijo que no tropiezan o no hacen tropezar? De quienes aman la ley de Dios. Están, pues, asentados en la caridad.

Pero replicará alguien: «Dijo: *A los que aman la ley de Dios*, no a los que aman a los hermanos». Escucha lo que dice el Señor: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros*. ¿Qué es una ley sino un mandamiento? ¿Cómo, entonces, sólo no tropiezan cuando se toleran recíprocamente? Así lo dice Pablo: *Soportándoos recíprocamente en el amor, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz*. Y que ésa es la ley de Cristo, escúchalo de boca del mismo Apóstol que la encarece: *Llevad mutuamente vuestras cargas; así cumpliréis la ley de Cristo*.

La ceguera del corazón: odiar al hermano

Los textos bíblicos empleados por san Agustín obispo de Hipona en última parte de su Primera Homilía son citas textual e intertextual de la Primera Carta de San Juan, de los libros bíblicos inspirados del Antiguo Testamento y del Nuevo para argumentar en su predicación sobre la ceguera del corazón cuando se odia al hermano.

Citas textuales	Citas intertextuales
<p>1Jn 2,11 Pues quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.</p>	<p>Dn 2,34-35 ¿No creció tal piedra hasta hacerse una montaña enorme y llenó todo el orbe de la tierra?</p> <p>Mt 5,14 Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad ubicada sobre una montaña.</p> <p>Is 2,2 Ubicada en la cima de las montañas. Esta montaña está sobre la cima de todas las demás montañas. Y todos los pueblos, dice, confluirán en ella.</p>

San Agustín predica y concluye:

Pues quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe a dónde va. Realidad sublime, hermanos. Prestad atención, os ruego. Pues quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos. ¿Hay alguien más ciego que estos que odian a sus hermanos? Para que advirtáis cuán ciegos son, ved que tropezaron contra una montaña. Repito lo dicho para que no se os olvide. Esta piedra fue extraída de la montaña sin concurso de mano alguna; ¿no es, acaso, Cristo que nació de la raza de los judíos sin intervención del marido? ¿No quebró tal piedra todos los reinos de la tierra, es decir, cuanto era dominio de los ídolos y los demonios? ¿No creció tal piedra hasta hacerse una montaña enorme y llenó todo el orbe de la tierra? ¿Acaso mostramos con el dedo esa montaña igual que se muestra a los hombres la luna en su tercer día?

Pongamos un ejemplo. Cuando los hombres quieren hacer ver la luna nueva dicen: «Mira la luna, mira dónde está». Y si hay personas que no aciertan a dirigir hacia ella su mirada y preguntan ¿dónde?, se les apunta con el dedo para que la vean. A veces, por reparo a que les tengan por ciegos, afirman haber visto lo que no han visto. ¿Acaso es así, hermanos míos, como mostramos la Iglesia? ¿No está a la vista? ¿No está bien visible? ¿No abarca todos los pueblos de la gentilidad? ¿No se está cumpliendo lo que tantos años antes Dios prometió a Abrahán, a saber, que en su descendencia serían bendecidos todos los pueblos? La promesa se hizo a uno solo que la creyó y el mundo se llenó de millares de creyentes. He aquí el monte que llena toda la faz de la tierra; he aquí la ciudad de la que se dijo: *No puede ocultarse una ciudad ubicada sobre una montaña*. Con todo, ellos tropiezan en esa montaña. Y cuando se les dice que suban a ella, responden: «No es ninguna montaña» y antes se estrellan contra ella que buscan refugio en ella.

Ayer se leyó el profeta Isaías. Quien de vosotros tenía despiertos no sólo los ojos sino el oído y no sólo el oído corporal sino también el del corazón, puso atención a estas palabras: *En los últimos tiempos se manifestará la montaña del Señor, ubicada en la cima de las montañas*. ¿Hay algo más a la vista que una montaña? Pero existen también montañas desconocidas porque están situadas en determinada parte de la tierra. ¿Quién de vosotros conoce la montaña llamada Olimpo? Os acontece lo mismo que a los que la habitan; tampoco ellos conocen el Gidaba que está en nuestra región. Estas montañas están situadas en lugares muy

concretos. En cambio, aquella otra montaña no es como éstas, puesto que cubrió la universal faz de la tierra. De ella se afirma: *Ubicada en la cima de las montañas. Esta montaña está sobre la cima de todas las demás montañas. Y todos los pueblos, dice, confluirán en ella.* ¿Quién se extravía en esta montaña? ¿Quién se rompe la cara estrellándose contra ella? ¿Quién ignora una ciudad ubicada sobre una montaña? Pero no os extrañe que la desconozcan quienes odian a los hermanos, puesto que caminan en tinieblas e ignoran a dónde van: las tinieblas han cegado sus ojos. No ven una montaña. No quiero que te extrañes: no tienen ojos. ¿A qué se debe que carezcan de ellos? A que las tinieblas se los cegaron. ¿Cómo lo probamos? La prueba está en que odian a los hermanos; en que cuando topan con algo que les ofende en África se separan del orbe de la tierra, en que no toleran en bien de la paz de Cristo a los que cubren de infamia a la vez que toleran en favor del partido de Donato a los que ellos mismos condenan.

Elementos doctrinales de la Primera homilía de san Agustín

Después de leer los textos bíblicos usados por san Agustín en su primera homilía según la primera carta de san Juan a los partos, el autor de este artículo se hace un esquema antropológico mental de la fraternidad universal; el ser humano es alguien con razones del corazón para amar a sus semejantes y con razones de la razón para saber amar a sus prójimos según su primera vocación; el ser humano está dotada para amar a Dios en sus hermanos es la síntesis de la fe católica con una espiritualidad encarnada y relacional.

En estos trece cuadros de textos bíblicos usados en la Primera Homilía de san Agustín obispo de Hipona también se verifica el predominio de los textos neotestamentarios, sin pasar desapercibido el uso de los salmos que hacen parte de la literatura poética de los textos veterotestamentarios, pues son doce citas del Antiguo Testamento frente a veinte y seis citas del Nuevo Testamento para predicar sobre la doctrina del amor de Dios (caridad) y sobre el amor a Dios en el hermano en el tiempo pascual: Octava de Pascua.

Es importante resaltar las categorías más relevantes que el predicador de Hipona presenta en su Primera homilía; por ejemplo, una de las primeras categorías teológicas es “Encarnación” y lo expresa en los siguientes términos: “Si no fuera porque *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*, ¿quién hay que toque con sus manos a la Palabra? Esa Palabra, que se hizo carne para que la tocasen con las manos, comenzó a ser carne en el seno de la Virgen María; pero no empezó entonces a ser Palabra, pues San Juan se expresó de esta manera: *Que existía desde el principio*”. (Ep. Io. 1,1). El evangelio nos recuerda los compromisos de la Palabra encarnada implica vida, esperanza, fe y amor, es decir, la encarnación se entiende como una vida humana configurada en Dios, es una vida humana imagen y semejanza de Dios. En este sentido, *Evangelii gaudium* se expresa en los siguientes términos:

Confesar que el Hijo de Dios asumió nuestra carne humana significa que cada persona humana ha sido elevada al corazón mismo de Dios. Confesar que Jesús dio su sangre por nosotros nos impide conservar alguna duda acerca del amor sin límites que ennoblece a todo ser humano (EG, 178).

En la primera homilía de san Agustín se hace alusión al “el mandamiento del amor”, es una de las categorías bíblicas muy importantes en la teología y san Agustín lo expresa de la siguiente manera: “Presta atención al evangelio, mira si no es éste el mandato: *Os doy un mandamiento nuevo —dice—: que os améis los unos a los otros. En esto conocemos que estamos en él: si hemos alcanzado la perfección en él.* Los llama perfectos en el amor. ¿En qué consiste la perfección del amor? En amar a los enemigos y amarlos mirando a que se conviertan en hermanos”. (Ep. Io. 1,9). La corresponsabilidad es muy importante para que haya fraternidad en el orden de la paternidad divina, cuando pronunciamos Padre nuestro debemos orar los unos por los otros; dice san Agustín: “Oramos por vosotros, hermanos, pero orad también vosotros por nosotros. Oren todos los miembros unos por otros; interceda la Cabeza por todos. Por tanto no causa extrañeza la continuación de la carta, que cierra la boca a quienes dividen la Iglesia de Dios” (Ep.Io, 1,7). La oración de intercesión es como el mandamiento de Cristo “que se amen los unos a los otros” (Jn 13,34); en este mismo sentido, se puede entender que oremos los unos por los otros porque somos hermanos.

En la doctrina cristiana el amor a Dios, al prójimo como así mismo es el mandamiento más importante dijo Jesucristo a sus oyentes, este mandamiento lo vivieron y lo predicaron los santos como san Agustín, el más santo de los santos y el más sabio de los sabios. Para vivir como hermanos hay que pasar de estar juntos, reunidos, que transforma la individualidad en familia, al querer estar en la familia o en el mismo cuerpo eclesial donde Cristo es la cabeza, que nos hace Iglesia y familia de Dios. El querer estar juntos en familia implica el amor a los enemigos “Que cada cual vuelva los ojos a su corazón; no

tenga odio al hermano porque le haya dirigido alguna palabra dura; no se vuelva tierra por disputas terrenas. Pue quien odia a su hermano, no sostenga que camina en la luz” (Ep. Io, 1,11).

En la última parte de la primera homilía se encuentra la cristología expresada en la predicación de san Agustín obispo de Hipona, usa dos categorías teológicas: “piedra” y “montaña” para expresar la presencia de Cristo en medio de la humanidad. Sobre lo primero dice: “Esta piedra fue extraída de la montaña sin concurso de mano alguna; ¿no es, acaso, Cristo que nació de la raza de los judíos sin intervención del marido? ¿No quebró tal piedra todos los reinos de la tierra, es decir, cuanto era dominio de los ídolos y los demonios?” (Ep. Io. 1,12). Sobre la montaña san Agustín explica lo siguiente:

Despiertos no sólo los ojos sino el oído y no sólo el oído corporal sino también el del corazón, puso atención a estas palabras: *En los últimos tiempos se manifestará la montaña del Señor, ubicada en la cima de las montañas. ¿Hay algo más a la vista que una montaña? Pero existen también montañas desconocidas porque están situadas en determinada parte de la tierra [Mientras que, hay una montaña, dice el predicador] Esta montaña está sobre la cima de todas las demás montañas. Y todos los pueblos, dice, confluirán en ella. ¿Quién se extravía en esta montaña? ¿Quién se rompe la cara estrellándose contra ella? ¿Quién ignora una ciudad ubicada sobre una montaña? Pero no os extrañe que la desconozcan quienes odian a los hermanos, puesto que caminan en tinieblas e ignoran a dónde van: las tinieblas han cegado sus ojos. No ven una montaña. (Ep. Io. 1,13)*

El odio al hermano es la ceguera que impide ver a Jesucristo, nuestro hermano que está visible como una alta montaña a la vista de todos y sobre todas las montañas; en este sentido, el amor al hermano es la visibilidad que permite ver a Cristo nuestro hermano porque quien ve al hermano ve a Cristo que se hace nuestro hermano, así dice el evangelio: “en verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). El amor, para san Agustín obispo de Hipona, es pues, fruto de la posibilidad de la luz y la gracia hace de los creyentes instrumentos vivos de Dios, hace de los creyentes hermanos en Dios Padre; hagámonos instrumentos de ese amor de Dios, causes a través de los cuales Dios pueda regar la tierra desierta del odio y la indiferencia, custodiar toda la creación, hacer crecer la humildad y el respeto, hacer florecer la justicia y la paz y hacer fructificar el perdón y el amor. Amar es la mejor educación para transformar el mundo, dame amor y transformaré el mundo, puesto que el amor es la fuerza humilde para edificar al ser humano y es el que tiene mayor poder para transformar nuestro mundo.

San Agustín concibe el amor como anhelo o deseo (*appetitus*), posibilidad para el ser humano de tomar posesión de su bien propio, que lo hará feliz. Sin embargo, la posibilidad para la vida de perder su bien propio genera un temor que se halla asociado constantemente al amor. Una vida feliz, es decir, verdadera, es aquella que no pierde su bien propio (no muere) y que no teme perderlo (el amor tiene como fin la liberación del temor a la muerte, que es en sí mismo el mal contrario a la vida) (Arendt, H. 2009, p. 3).

Ser instrumentos del amor de Dios es estar en comunión con los hermanos y en participación con la luz de la verdad de Dios que exige cambiar la lógica del egoísmo, la división y la soberbia, en beneficio de la lógica fraterna del servicio, la comunión y la humildad hasta construir una comunidad de hermanos en torno a Dios Padre y su providencia. Según san Agustín obispo de Hipona: “si Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna y debemos estar en comunión con él, tenemos que expulsar de nosotros las tinieblas no pueden entrar en comunión con la luz” (Ep Io. 1,5). De esta manera el prelado de Hipona presenta la doctrina del amor al hermano equivalente a amar a Dios que está en el hermano.

Conclusión

El magisterio de san Agustín obispo de Hipona propone una doctrina del amor al hermano o hermana con la intención del amor de Dios, es hacer la voluntad de Dios según los principios y valores del evangelio y salir de un cristianismo mediocre (sin compromisos), o de un cristianismo moralista (formalidades) o un cristianismo elitista (apariencia); san Agustín nos invita a la opción por el evangelio, un cambio radical y verdadero en el amor de Dios.

En su primera homilía san Agustín nos invita a mirar a Cristo y con el uso de los textos de la Sagrada Escritura especialmente los de la Primera Carta de San Juan nos invita a escuchar al autor inspirado, tal como: “Él es fiel y justo para limpiarnos de toda iniquidad (1Jn 1,9), los católicos por convicción han sido en todos los tiempos han sido “signos de contradicción” en el mundo de su tiempo que les ha tocado vivir, los católicos estamos invitados a ser evangelios vivos en medio de un

mundo indiferente, insolidario, excluyente y perverso. De hecho, el católico este invitado a ser auténtico en sus principios, aunque sean pocos los que vivencian los valores del evangelio y sean más los que hacen el mal porque todos lo hacen. Por lo tanto, en esta homilía de san Agustín se promociona al católico como hermano porque se define como hijo de Dios Padre, seamos aquella minoría profética convencidos en que se cree en un Dios Padre, hermano, misericordia y su ley es el amor, el amor que alcanza a todos y hasta el amor a los enemigos. Si en la Sagrada Escritura el amor tiene esa connotación y tiene la última palabra ante la venganza y la justicia, sus discípulos de Cristo no pueden querer lo contrario, sino amar como Cristo amo hasta el extremo.

El amor al hermano o hermana, por tanto, es una invitación a la radicalidad de vivir el evangelio de Jesucristo, a ser sacramento del amor de Dios, a ser finalmente, mártires del amor de los amores. Con lo que supone arriesgarse, gastarse, entregarse para caminar en la luz y orientar en el mundo a través de los rayos del amor con el servicio, respeto, humildad, alegría, fe, justicia, esperanza y confianza para que todos podamos redescubrir la alegría del amar como la mejor luz para transformar el mundo.

Bibliografía

Biblia de Jerusalén. (1998). Bilbao: Desclée de Brower.

The New American. (1991). New York: Oxford University Press.

Papa Francisco. (2013). Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (A los obispos, a los presbíteros y diáconos sobre el anuncio del evangelio. Roma: vaticana.

- Arendt, H. (2009), *El concepto de amor en san Agustín*, Madrid, España: Ediciones Encuentro.
- Orden de San Agustín, (2008), *Regla y Constituciones*, (pp. 9-31), Roma: Curia General Agustiniana.
- Tack, T., (1990). *Si Agustín viviera*. Madrid: Ediciones Paulinas
- Vizcaíno, P. (2013). *Teología espiritual de la Regla de san Agustín*. Valladolid: Ciudad Nueva.
- Cipriani, N., (2013). *Muchos y uno solo en Cristo (La espiritualidad de Agustín)*. Madrid: Editorial AGUSTINIANA.
- Santos, E., (2018). *El Devocionario de un Agustino (Itinerario evangelizador Mocoa 2018)*. Bogotá: Provincia Nuestra Señora de Gracia de Colombia.
- Moreschini, C. y Norelli, E. (2007). *Historia de la literatura cristiana antigua griega y latina (II)*. Madrid: BAC.
- Bavel, T. van, (2001), "Amor". En: Fitzgerald, A. (2001), *Diccionario de san Agustín. San Agustín a través del tiempo*, (pp. 39-50), Burgos: Editorial Monte Carmelo.